

“LAS ALARMAS
DEL DOCTOR AMÉRICO CASTRO”:
INSTITUCIONALIZACIÓN FILOLÓGICA
Y AUTORIDAD DISCIPLINARIA

Fernando Degiovanni & Guillermo Toscano y García

Las alarmas del doctor Américo Castro” es una de las reseñas más celebradas de Borges. Aparecida originalmente en noviembre de 1941, poco después de la publicación en Buenos Aires de *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* (LPLR, en adelante) de Américo Castro, la crítica de Borges es hoy quizás más conocida y recordada que el libro que le dio lugar. Sorprendente por su eficacia retórica, la reseña no es menos extraordinaria por el lugar único que ocupa en la trayectoria intelectual de su autor: obra de un escritor faro del campo intelectual argentino y publicada en *Sur*, la revista de mayor prestigio simbólico en el mundo hispanoamericano de entonces, el texto representa al mismo tiempo un nuevo posicionamiento de Borges frente a ciertas cuestiones lingüísticas y estéticas de las que se había ocupado en artículos y reseñas anteriores.

En el caso de Castro, LPLR no resulta menos notoria en el arco de su larga carrera académica e intelectual: primer libro del autor publicado después del cierre del Centro de Estudios Históricos de Madrid a raíz del estallido de la Guerra Civil, su ensayo se ubica en el final de un período de casi dos décadas de intenso interés por los asuntos culturales hispanoamericanos, que se manifestó en el rol protagónico con que promovió una política cultural española en el exterior articulada en torno a la Junta para Ampliación de Estudios, en su propia actividad como director y docente del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires y en el estudio

de diversas problemáticas lingüísticas y literarias del continente. Al mismo tiempo, *LPLR* representa el momento crucial de un viraje disciplinario que llevaría a Castro de la filología a la historia.

La articulación de esos dos itinerarios intelectuales tiene como punto decisivo el ataque que Borges dirige a Castro a raíz de la publicación de su libro: sin contacto significativo con Castro durante las casi dos décadas que van desde su llegada a la Argentina en 1923 hasta su estancia de 1937 –período en el que Borges mantiene una posición alternativa pero no hostil hacia los filólogos españoles–, en 1941 el escritor argentino denuncia el carácter autoritario y arbitrario de una disciplina cuyos objetivos y profesionales considera ligados a los presupuestos ideológicos del totalitarismo europeo contemporáneo. Dicho ataque ocurre en un período crucial en la historia política del siglo XX: es el momento en el que, debido al establecimiento del régimen franquista, Buenos Aires pasa a convertirse en el centro de la investigación filológica del mundo hispánico.

En este marco, nuestro trabajo sostiene la hipótesis de que, más que la culminación de un proceso de crítica a las actividades del Instituto de Filología iniciado en los años 20, la reseña de Borges constituye un texto a la vez único y coyuntural dentro del conjunto de sus trabajos sobre el español de la Argentina, tanto en lo que respecta a las ideas presentadas en ella como a las consecuencias que ésta tuvo para los debates acerca del rol de la filología como disciplina autorizada en la definición de una identidad nacional. Al rechazar el libro de Castro, Borges asume (novedosamente respecto de su trayectoria intelectual) el lugar del especialista en cuestiones lingüísticas y busca desacreditar el modelo disciplinar de los filólogos españoles en términos técnicos y políticos. Al mismo tiempo, las críticas de Borges, y el conjunto de respuestas a que éstas darán lugar, producen una ruptura en la unidad de acción del hispanismo filológico y abren un fuerte debate entre sus principales representantes en Buenos Aires.

La polémica entre Borges y Castro ha despertado un sostenido interés crítico a lo largo de los años, pero su lectura ha sido abordada de modo parcial tanto en lo que respecta a la serie textual en la que se basa como a la atención a las instancias institucionales que determinaron gran parte de su significación política y cultural. A la vez, se ha pasado por alto la proyección que a lo largo de dos décadas el debate tuvo hacia el interior

del campo intelectual y académico, particularmente en lo que concierne a la dimensión ideológica y disciplinaria del hispanismo en general.

Este trabajo se propone reconsiderar los términos de esta polémica a través de una nueva aproximación a las ideas de Borges respecto de la lengua, aproximación que considera las diferencias de sus planteos entre las décadas del 20 y del 40. Al mismo tiempo, el abordaje de una serie de documentos desconocidos o no analizados hasta el presente –entre otros, la correspondencia de Castro a Alonso, así como numerosas reseñas sobre *LPLR* publicadas en diarios y revistas– permitirá mostrar tanto el marco de recepción del texto de Castro y su relación con el de Borges como los debates internos de los intelectuales españoles sobre la constitución del campo filológico y su incidencia en la escritura y publicación de *LPLR*. Finalmente, se considerará el impacto que la polémica tuvo en el proceso de reescritura de los trabajos de Castro y Borges, con el objetivo de subrayar las diferencias entre las últimas versiones conocidas del ensayo y la reseña y sus formulaciones originales de 1941.

1

A comienzos de 1923, Borges solicita al Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Ricardo Rojas, su ingreso a esa casa de estudios. En su intento tardío (tenía 23 años) de participar del ámbito académico como alumno, además de adjuntar una serie de “ensayos estéticos y metafísicos” a través de los que aspira a ilustrar “las propensiones que hoy le mueven a querer ingresar en esa Facultad”, Borges señala que

es colaborador asiduo de la revista *Cosmópolis* (Madrid), que en el número de Cervantes correspondiente a octubre de 1920 publicó una dilatada antología crítica de la reciente lírica alemana, vertida directamente del idioma original, y que en el venidero número de *Nosotros* habrá un estudio suyo acerca de las objeciones que propuso Spencer al idealismo de Berkeley. (*Espacios* 105)

Esta solicitud de Borges constituye un posible comienzo para la larga y compleja relación que sostendrá con la Facultad de Filosofía y Letras, de la que llegará a ser profesor en 1955. Más específicamente, lo que llama la atención es tanto el grado de conciencia que Borges posee de los mecanismos de legitimación del conocimiento en el ámbito universitario como la clara separación que establece entre antecedentes especializados y obra lit-

eraria. En efecto, Borges elige omitir de su solicitud los poemas que había publicado hasta entonces, así como referirse al libro en preparación que aparecerá a mediados de año, *Fervor de Buenos Aires*. Ese temprano reconocimiento del proceso de autonomización de los campos literario y científico es lo que permite explicar, de hecho, buena parte de sus intervenciones en materia de lenguaje hasta 1941.

Debido posiblemente a la decisión de su familia de regresar a Europa, Borges retira su solicitud de ingreso el 6 de abril de 1923. Se trata de una fecha significativa, ya que ese mismo día Rojas informa al Consejo Directivo de la Facultad que ha iniciado las gestiones tendientes a la provisión de un director para el Instituto de Filología creado el año anterior. Sin embargo, en lugar de optar por una figura local para hacerse cargo del centro, Rojas relata que, “convencido de que el director del instituto debía ser un filólogo español, había escrito sobre el asunto a don Ramón Menéndez Pidal, cuya autoridad en estas materias no puede ser negada”, para ofrecerle la dirección honoraria y, también, que fuera el responsable de designar a quienes ocuparían efectivamente en Buenos Aires su dirección (Toscano y García 121). Como consecuencia de estas gestiones, a mediados de 1923 llega a Buenos Aires Américo Castro, quien, junto con Amado Alonso, director del Instituto entre 1927 y 1946, será una de las figuras más influyentes y decisivas para el desarrollo de la investigación lingüística en el país a lo largo de más dos décadas.

La partida de Borges a Europa ocurre así en un momento de profunda transformación para la investigación humanística en Argentina. La creación del Instituto de Filología supone la emergencia en el ámbito universitario del primer centro de investigación científica orientado específicamente a los estudios filológicos. De hecho, el Instituto ejercerá a partir de su inauguración en 1923 un papel fundamental en la modernización y consolidación de estos estudios en el país, y llegará a convertirse, especialmente durante la gestión de Alonso, en un referente institucional decisivo en el ámbito de la filología hispánica. Finalmente, la creación del Instituto da inicio a un proceso de profesionalización de los estudios lingüísticos que modificará sustancialmente los protocolos de legitimación del saber sobre el lenguaje y, particularmente, los modos en que se accede a la posibilidad de intervenir públicamente sobre cuestiones lingüísticas (Di Tullio 212-14).

Desde entonces, los filólogos en Argentina podrán hacer valer una autoridad disciplinaria que colocará inevitablemente al resto de los estudiosos en el terreno de los *amateurs* o en el de los aprendices. El reconocimiento de que es en el ámbito universitario donde circula, se adquiere y practica un saber riguroso y legítimo sobre el lenguaje, sin embargo, no funciona sólo como mecanismo de legitimación de estos filólogos; al mismo tiempo, introduce una doble reformulación en el interior de un campo científico en incipiente formación: por una parte, supone la marginación del centro del campo de quienes habían detentado hasta entonces un saber técnico no legitimado por las instituciones académicas; por otra, opera una reasignación funcional de las figuras del autor literario (poeta, narrador o ensayista) y el filólogo o lingüista.

Así, por una parte, la creación del Instituto abre un espacio de disputa con aquellos que eran hasta entonces reconocidos como especialistas en materia de lenguaje. Entre ellos, la figura más destacada es la del traductor y lingüista Arturo Costa Álvarez, quien en 1922, un año antes de la inauguración del Instituto, había publicado *Nuestra lengua*, un trabajo pionero en la investigación lingüística nacional. En la introducción que escribe para este trabajo, Costa Álvarez describe a los estudios lingüísticos como un ámbito desierto que lo tiene, hasta entonces, como el único ocupante: “si en nuestro medio hay algo que no interesa absolutamente a nadie, ese algo son las cosas de la lengua [...] la lengua es para nosotros *res nullius*” (10). Esta caracterización organiza la lógica argumentativa de su libro: en un momento en que la lingüística no se ha constituido todavía como disciplina universitaria, la estrategia de Costa Álvarez apunta tanto a la autoconsagración (es el único que hace lo que a nadie ocupa ni interesa) como a la construcción inicial y programática de una agenda de problemas, objetos, métodos y teorías válidos para la investigación sobre el lenguaje.

La descripción que Costa Álvarez ofrece del campo coincide con las razones que, durante el mismo año, Rojas alega para justificar la necesidad de crear un Instituto universitario de Filología. El criterio de Rojas, sin embargo, se diferencia del de Costa Álvarez en un aspecto central: en la necesidad de contratar en el extranjero a los especialistas que puedan hacerse cargo del Instituto ya que no existe en el país ninguno lo suficientemente capacitado (Toscano y García 121). Así, Rojas margina implícitamente a Costa Álvarez por ser autodidacta y moverse en el terreno

del amateurismo; sus argumentos constituyen una apelación a los valores de la modernización científica y a la capacidad de la verdadera ciencia para disolver los intereses nacionalistas: “la verdadera ciencia del lenguaje desarma igualmente el dogma anacrónico de las academias metropolitanas y el instinto barbarizador de las repúblicas insurgentes” (*Discursos* 9-10).

La decisión de Rojas tendrá consecuencias significativas: entre 1923 y 1929, cuando muere, Costa Álvarez se constituye en el principal crítico de la actividad del Instituto de Filología. A través de numerosos artículos que publica en revistas culturales (como *Nosotros*), especializadas (*Valoraciones* o *Humanidades*) y diarios (*La Prensa*), cuestiona la actividad del Instituto a partir de dos tipos de argumentos: por una parte, destaca la incapacidad de los filólogos españoles para abordar los problemas y circunstancias específicas de la lengua hablada en Argentina y reclama la designación al frente del Instituto de un especialista local; por otra, rechaza el modelo teórico implementado por Castro y sus sucesores, y defiende la necesidad de avanzar en la construcción de una gramática sincrónica y un diccionario ideológico.¹

El primer cuestionamiento público de las ideas de Costa Álvarez se produce en abril de 1924 y en un ámbito relativamente inesperado: se trata del artículo “Un gramático”, que Carlos Grünberg escribe en la re-

1 De la importancia de sus críticas dan cuenta las numerosas respuestas que recibe por parte de los responsables del Instituto de Filología; así, la carta que Castro le escribe a Alonso cuando va camino de Buenos Aires el 14 de agosto de 1927 constituye una clara manifestación en este sentido: “Mucha suerte, mucha vista y no aturdirse (los Costa Álvarez no tienen el menor alcance).” No obstante la advertencia de Castro, Alonso escribe en 1929 y en las páginas de la revista *Síntesis* dos artículos extremadamente violentos contra Costa Álvarez: en el primero de ellos, “La filología del señor Costa Álvarez y la filología”, procede, ya desde su título, a descalificar a Costa Álvarez aludiendo a su formación autodidacta y a su desconocimiento de la moderna ciencia lingüística; lo acusa de “forasterismo” científico (132), de ser “de esos involuntarios memoristas que urden sus frases zurciendo ecos fragmentarios de otras oídas o leídas” (133); de haber llegado a su edad (que prácticamente duplica la de Alonso) “sin sospechar siquiera cuáles son los intereses y la finalidad de la lingüística”. En “Sobre el difunto Costa Álvarez”, Alonso aprovecha la muerte de Costa Álvarez para reafirmar y continuar sus críticas: se refiere a él como aquel que, ante la llegada de los filólogos españoles, había reaccionado “con el odio santo con que el curandero acoge a los primeros médicos” (175); recuerda que “Yo mismo demostré que en cuestiones de Lingüística y Filología, en todo el aspecto científico del lenguaje, Costa Álvarez exhibía una ignorancia químicamente pura” (176); y, en una poco feliz referencia a su muerte reciente, concluye: “El pobre no daba más de sí” (178).

vista *Martín Fierro*, defendiendo la gestión de Castro frente a los ataques de Costa Álvarez.² La aparición en la revista más importante de la vanguardia estética argentina de una defensa de la universidad como institución reguladora del conocimiento y de lo “científico” como criterio y medida del saber es un fuerte testimonio del rápido éxito que obtiene el Instituto de Filología en su intento por imponer nuevos protocolos disciplinarios. Así, los argumentos de Grünberg, participante en 1923 de las actividades del Instituto bajo la dirección de Castro (Toscano y García 124), son en muchos casos similares a aquellos que, durante los años siguientes, usarán otros integrantes del Instituto: Grünberg opone el conocimiento intuitivo, no profesional y de origen “bastardo” de Costa Álvarez a la reflexión lingüística científicamente fundada y avalada por las instituciones de la “cultura universitaria”; en otros términos, opone “la verdadera sabiduría” a “la charlatanería pedantesca” (24). A la vez, y frente a las acusaciones de Costa Álvarez referidas a que la condición de español de Castro lo inhabilitaba para llevar a cabo las investigaciones lingüísticas que el país requería, Grünberg vuelve a oponer al “sabio filólogo español” y al “gramático platense” (21), “director de biblioteca en una institución hípica de provincia” (24) para reivindicar el criterio de la neutralidad científica frente a las discusiones nacionalistas.

Borges, figura central de *Martín Fierro*, no es ajeno a esta distinción disciplinaria e institucional, aunque, a diferencia de Grünberg, no sólo no cuestionará sino que reivindicará la legitimidad de Costa Álvarez para intervenir en el debate lingüístico. De hecho, es en el marco del proceso de reorganización de la lógica del campo –que comienza a producir una progresiva separación funcional entre las figuras del escritor y del filólogo o lingüista– que deben leerse las intervenciones que realiza a partir de la década del 20 en relación con la lengua. En este período, más que abordar cuestiones lingüísticas de carácter técnico y como especialista, Borges buscará definir una posición estética basada, en gran medida, en la representación y defensa de una lengua literaria específica. Estas intervenciones, por otro lado, se producen en ámbitos culturales que exceden los espacios de

2 Existe, en rigor, una breve referencia anterior en *Martín Fierro* firmada por “Monsieur Homais”, que describe a Costa Álvarez como “gramático platense, segundo gramático de la provincia” y destaca sus “garrafales errores de doctrina que sirven de argamasa a las mentadas faltas de gramática” (14).

circulación definidos para la reflexión científicamente autorizada sobre el lenguaje.

Hasta el presente, la crítica ha tendido a leer este conjunto de planteos por parte de Borges como una “batalla lingüística” contra la institución universitaria y, en particular, contra los filólogos españoles a cargo del Instituto de Filología, y que tendría por objetivo afirmar la existencia de una “lengua nacional” distinta de la española (Bordelois y Di Tullio). Un nuevo análisis de este conjunto de intervenciones (que han sido a menudo abordadas haciendo abstracción del proceso específico de reorganización de los campos literario y científico que les es contemporáneo) sugiere, sin embargo, una interpretación alternativa: a fines de la década del 20 Borges no trataría de establecer la eventual existencia de una variedad argentina del español y su especificación sino de definir, más bien, una posición de carácter fundamentalmente estético. Esa reflexión, al mismo tiempo, no tiene como objeto al Instituto de Filología.

Al respecto, es posible destacar algunas referencias iniciales, formuladas a menudo en un contexto en el que no se aborda explícitamente un problema lingüístico. Es en “Al tal vez lector”, prólogo a la primera edición de *Luna de enfrente* (1925), donde quizás por primera vez de forma relativamente explícita Borges articula la política de la lengua literaria que sostendrá durante los años inmediatamente posteriores. Valiéndose de varios escritores del Siglo de Oro para definir los objetivos de su propia producción, señala allí:

El idioma se suelta. Los verbos transitivos se hacen activos y el adjetivo sienta plaza de nombre. Medran el barbarismo, el neologismo, las palabras arcaicas. Frente al provincialismo remilgado que ejerce la Academia (dentro de lo universal español tan provincia es Castilla como Soriano y tan casero es hablar de los cerros de Úbeda como de donde el Diablo perdió el poncho) nuestro idioma va adinerándose. No es de altos ríos soslayar la impureza, sino aceptarla y convertirla en su envión. Así lo entendieron los hombres del siglo diez y siete: así lo comprendió Saavedra que se burló de quienes endeblecen nuestra lengua por mantenerla pura, así don Luis de Góngora que al decir de su primer prologuista, huyó de la sencillez de nuestra habla, así el agringado Cervantes se jactó del cauce de dulzura que abrió en nuestro lenguaje, así el precursor de ellos, Fray Luis de León, que hebraizó tan pertinazmente en sus traslados bíblicos... No hemos nosotros de ser menos. (277)

La posición que aquí se establece anticipa las que Borges convertirá en principio estético en *El tamaño de mi esperanza* (1926) y luego formulará en su conferencia “El idioma de los argentinos” (1927); una posición que Narvaja de Arnoux y Bein han denominado “nacionalismo criollista” (1). Esencialmente, se trata del establecimiento de un criterio que busca legitimar la innovación lingüística como procedimiento estético y que encuentra en cierta tradición española (Góngora, Cervantes, Fray Luis de León) su evidencia histórica. Constituye, también, una concepción convencional y fuertemente asentada de la evolución histórica del español literario que tiene uno de sus mayores exponentes contemporáneos en Menéndez Pidal. Para Borges, innovar en materia de lengua no representa la afirmación de una diferenciación lingüística con el español literario peninsular (y, mucho menos, la postulación de un nacionalismo emancipatorio de lo español) sino un planteo estético que encuentra su fundamento en una concepción unitaria de la lengua española.³

A mediados de 1927, Borges escribe dos textos relevantes en esta dirección. Uno de ellos aparece en las páginas de *Martín Fierro*, donde tres años atrás Grünberg había planteado una defensa de Castro. Se trata del conocido “Sobre el meridiano de una gaceta”, en el que rechaza la propuesta que Guillermo de Torre había planteado en *La Gaceta Literaria* de considerar a Madrid el eje y modelo de la producción intelectual hispanoamericana. Borges basa su rechazo en la incapacidad madrileña para comprender la realidad cultural de América, en la pobreza de su actual producción cultural y en el antihispanismo de algunos países americanos. La impugnación en ningún caso conduce a una eventual reivindicación del particularismo lingüístico; sin embargo, sí se alude –de forma irónica y oblicua– a algunos de los que Castro, durante su estadía en Buenos Aires en 1923, había definido como problemas del español rioplatense, en particular el galicismo (“una ciudad [Madrid] cuya sola invención es el galicismo –a lo menos, en ninguna otra parte hablan tanto de él”); y a ciertos usos lingüís-

3 Que había reivindicado en un texto bastante anterior y temprano; así, ya en “A quien leyere”, prólogo de primera edición de *Fervor de Buenos Aires* (1923), Borges se refiere a Francisco de Quevedo como aquel “que vivió en la cuantiosa plenitud y millonaria entereza de nuestra lengua española” (163). La recurrencia de la metáfora monetaria (la *millonaria* entereza de nuestra lengua española, en 1923; nuestro idioma va *adinerándose*, en 1925; el subrayado es nuestro) permite establecer otra vía de continuidad entre estas posiciones.

ticos que, alejados de la variedad rioplatense, se constituyen en objeto de burla (“una ciudad que dice ‘envidiable’ para elogiar”) (357).

La segunda intervención es la que Borges produce en la encuesta que el diario *Crítica* realiza a “escritores y técnicos” de “todos los sectores literarios” (esto es: desde “el gramático engolado hasta el escriba lunfardizante”) durante el mes de junio de 1927 bajo la pregunta “¿Llegaremos a tener un idioma propio?”. La respuesta de Borges –a quien el diario describe como “un escritor auténtico y [...] un creador lleno de fuerza expresiva y de originalidad”– se orienta en el mismo sentido de las intervenciones registradas hasta aquí. Coloca el problema lingüístico en el terreno estético y, tras rechazar que ya exista un “idioma argentino”, sostiene, sin embargo, el imperativo de renovar la lengua literaria:

Sin embargo, creo en el idioma argentino. Creo que es *deber de cada escritor* (nuestro y de todos) el aproximarlos. Para ese fin, nos basta considerar el español como una cosa apenas bosquejada y muy perfectible. Sintamos todos esa urgencia de innovación, sintámonos vivir en América y ya estará iniciada nuestra aventura. Digamos cosas que no le queden chicas a Buenos Aires y hablaremos idioma nuevo que será nuestro. (3; el subrayado es nuestro)

Borges ubica la aspiración a un “idioma argentino” como una posibilidad concebida en el siglo XIX por algunos letrados (“ese idioma tan profetizado y preconizado desde Alberdi, desde Sarmiento, desde Echeverría, desde Gutiérrez”; significativamente, se trata de exactamente los mismos intelectuales cuyas ideas lingüísticas había reseñado Costa Álvarez en *Nuestra lengua*): “En el pasado mañana, no en el mañana ni en el hoy, lo ubico a ese adivinado idioma argentino.” Rechaza, a continuación, la posibilidad de considerar al lunfardo o a “su derivación, el arrabalero” como formas posibles y embrionarias de ese idioma: anticipando los argumentos que desarrollará extensamente en “El idioma de los argentinos”, sostiene que el lunfardo es “jerga artificiosa de los ladrones, es un vocabulario gremial”; y que el arrabalero es “una simulación del lunfardo, de una mezcla de lunfardo trasnochado y de habla vulgar”. Ninguno de estos vocabularios, señala, es apto para la creación literaria y, debido a su restringida riqueza léxica, “los que versifican en ellos tienen que invertir las palabras a cada rato para decir las cosas de un modo que no sea demasiado corriente” (3).

La intervención más decisiva y extensa de Borges se producirá apenas tres meses más tarde, cuando el 23 de septiembre de 1927 sea invitado a disertar en el Instituto Popular de Conferencias, uno de los más importantes espacios institucionales no académicos dedicados a la difusión de la actividad cultural y el conocimiento científico desde mediados de la década anterior. Se trata de “El idioma de los argentinos”, que el diario *La Prensa* publicará por primera vez al día siguiente. Sólo la primera de las versiones que se conservan de esa conferencia conserva las marcas de su contexto original, dato que resulta fundamental para entender el espacio institucional en el cual Borges inscribe sus posiciones. En la versión del 24 de septiembre de 1927, antecede a la conferencia de Borges la siguiente indicación:

En la gran sala de fiestas de *La Prensa* se realizó ayer la XIX sesión del Instituto Popular de Conferencias, con la presencia de un público numeroso y calificado, índice del interés que había despertado el anuncio de la disertación del distinguido escritor Jorge Luis Borges sobre “El idioma de los argentinos”.

Al abrirse la sesión, que presidió el doctor Carlos Ibarguren, acompañaban a éste en el estrado, además del conferenciante, los vocales del Instituto, doctores Enrique Uriburu y Arturo Capdevila; el embajador de México, doctor Alfonso Reyes; el ministro de Santo Domingo, doctor Tulio M. Cestero; el director del instituto de filología [sic] de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor Alfonso Corti; el jefe de la sección investigaciones del mismo, señor Ángel J. Battistessa, y los señores Arturo Costa Álvarez y Manuel Rojas Silveira. Concedida la palabra al doctor Capdevila, este hizo en conceptuosas frases la presentación del conferenciante, al que puso en posesión de la tribuna. (21)

La presencia en el Instituto Popular de Conferencias de un joven Borges –al que se presenta como un “distinguido escritor”– puede ser considerada como un dato más de su creciente legitimidad en el ámbito intelectual porteño. Por su parte, quienes lo acompañan el 24 de septiembre de 1927 constituyen una muestra de la dirigencia intelectual del período: a los diplomáticos-escritores (Reyes y Cestero) se suman las de los representantes del Instituto Popular de Conferencias (entre ellos Ibarguren y Capdevila, responsable del elogio inicial de Borges). Más significativa aún es la presencia de dos miembros de la Facultad de Filosofía y Letras: el pro-

fesor Corti⁴ y Battistessa, uno de los más importantes investigadores del Instituto desde 1923, y a cargo de su dirección en los períodos durante los que éste estaba sin director. En ese espacio intelectualmente heterogéneo y no especializado, es notorio que se incluya en el estrado a Costa Álvarez, a quien se reconoce como referente.

Tanto la conferencia de Borges como el libro del que será parte son consecuentes con esa distribución funcional: en ambos, Borges buscará distanciar sus intervenciones lingüísticas de aquellas propias de los filólogos profesionales y reclamar para sí el lugar de la intervención estética. El prólogo a *El idioma de los argentinos*, de 1928, es clave para entender esa separación. Al especificar tanto el modo de construcción de su libro como la forma en que debe ser leído, Borges indica, subrayando su intención de alejarse del modelo de ciencia que los filólogos españoles están promoviendo en la Argentina, que se trata de un texto de “formación haragana, hecho sedimentariamente de prólogos, vale decir, de inauguraciones y principios” (7). El amateurismo se enuncia, una vez más, en el mismo prólogo por medio de una frase clave: se dice que el libro que se presenta está compuesto por “borradores de afición filológica” (8).⁵

La estrategia de Borges es sacar la discusión del ámbito de la “ciencia filológica” para transformarlo en una cuestión estética: el “problema de la lengua” en Argentina es para él esencialmente un problema literario: el de la lengua de los escritores, de la literatura. Como antes, en su respuesta a la encuesta de *Crítica*, Borges insiste en la discusión de dos posiciones (cuyos referentes nunca se mencionan) que, antes que abordar el tema de la variedad lingüística, se aboca a defender ciertos usos literarios de determinadas variedades: “Una es la de quienes imaginan que esa habla ya esta prefigurada en el arrabalero de los sainetes; otra es la de los casticistas o

4 A quien se identifica, incorrectamente, como director del Instituto de Filología.

5 La misma perspectiva reaparece en numerosas oportunidades a lo largo de *El idioma de los argentinos*, tanto bajo la forma de la declaración explícita –habla de “gramatiquerías” (11)– como a partir de la estrategia que consiste en presentar lo que se enuncia bajo la forma de la reflexión personal, construida no a partir de una teoría y un método sino de la impresión subjetiva. Así, por ejemplo, frente al aparato erudito y de constatación rigurosa adoptado por la filología, Borges sostiene: “Lo expresivo, nos ha contestado Croce, ya para siempre, y tan satisfactoria me es esa fórmula que ni siquiera pienso sacar de la estantería el libro en que está y verificar en él las palabras textuales (las representaciones textuales) de su escritor” (73).

españolados que creen en lo cabal del idioma y en la impiedad o inutilidad de su refección”.⁶

Para Borges, el arrabalero no es una variedad lingüística: “No hay un dialecto general de nuestras clases pobres: el arrabalero no lo es.” Se trata, señala, de una “jerigonza”, un “vocabulario gremial” compuesto por apenas veinte palabras, una “lengua técnica” cuya base es, esencialmente, una jerga del delito: el lunfardo. Tampoco constituye una lengua literaria: de hecho, señala, no fue utilizada por los escritores que mejor han escrito sobre los suburbios porteños (Evaristo Carriego y Fray Mocho, pero también los letristas de tango). La argumentación construye un arco que va de los argumentos lexicográficos a los estéticos y recalca en los morales: el lunfardo, base del arrabalero, es lengua carcelaria, de los sectores más bajos de la población; del conventillo, lugar de los inmigrantes. No tiene, de hecho, ninguna pretensión de reemplazar al español general: “Desertar porque sí de la casi universalidad del idioma, para esconderse en un dialecto chúcaro y receloso [...] que nos convertiría en hipócritas al revés, en hipócritas de la malvivencia y de la ruindad [...] es proyecto de malhumorados y rezongones.” El último argumento es la cita de autoridad, y allí Borges legitima su opinión haciéndola coincidir con la de una serie de intelectuales; notablemente, aquellos que con más claridad habían rechazado el particularismo lingüístico y proclamado la existencia de un español general: “Ese programa de trágica pequeñez fue declinado ya por De Vedia, por Miguel Cané, por Quesada, por Costa Álvarez, por Groussac.”

La impugnación del arrabalero deja lugar, en la segunda parte de la conferencia, al cuestionamiento de “una distinta equivocación, la que postula lo perfecto de nuestro idioma y la impía inutilidad de refeccionarlo”. De acuerdo con Borges, esta posición buscaría demostrar la riqueza esencial del idioma español, con el único y principal argumento de las “sesenta mil palabras que nuestro diccionario, el de los españoles, registra”. Polemiza con la Real Academia Española, cuyo diccionario se convierte en

6 Esta distinción se asemeja a la que, en 1922, había planteado Costa Álvarez entre “escritores plebeyos” y “escritores académicos”: “Lo mismo hacía entonces [durante el siglo XIX] y hace hoy el pueblo argentino: una parte de él estropea el castellano en la lengua vulgar, en el guirigay de los escritores plebeyos y en la jerga de los bárbaros; otros, los académicos o disciplinados, lo reverencian en el altar de la gramática y del diccionario; y otros, los indisciplinados, que son los más, lo maltratan y lo acarician alternativamente” (71-72).

objeto de debate. Para Borges, el diccionario académico es la memoria verbal de una tradición que no es, al menos no completamente, la tradición nacional; es una suerte de documento histórico que conserva, por ejemplo, una serie de léxicos especiales (como la germanía), completamente alejados de la tradición lingüística argentina. Al respecto, Borges adopta una posición más próxima a los postulados estéticos de la vanguardia que, sin embargo y en relación con la lengua, no pone en discusión la esencial validez del sistema lingüístico heredado. Así, declara la *artificiosidad* de toda literatura que encuentre los límites de su repertorio léxico en el sistema acotado por el diccionario; rechaza fuertemente la posibilidad de encontrar en la literatura española un modelo dado y definitivo para la creación estética, y busca inscribir en la comunidad del idioma los logros futuros de la literatura argentina.

Ambas posiciones, la de los “saineteros” y la de los “cultos”, divergen para Borges del “idioma corriente”. A partir de aquí, la propuesta de Borges buscará oponer a ambos modelos literarios uno con base en una lengua que se caracteriza como “habitual” y no artificiosa; es decir, una escritura próxima a la oralidad. Éste es, para Borges, el modelo literario y lingüístico construido por una serie estrictamente delimitada de escritores, que consiguieron producir una literatura en la que la palabra escrita se aproximaba a la oral: “Mejor lo hicieron nuestros mayores. El tono de su escritura fue el de su voz; su boca no fue la contradicción de su mano.” Los nombres que refiere remiten a una serie de escritores decimonónicos: “Pienso en Esteban Echeverría, en Domingo Faustino Sarmiento, en Vicente Fidel López, en Lucio V. Mansilla, en Eduardo Wilde. Dijeron bien en argentino: cosa en desuso. No precisaron disfrazarse de otros ni dragonear de recién venidos, para escribir.” Lo que se reivindica –la crítica lo ha señalado–⁷ es una estirpe patricia; la naturalidad que se pretende es una construcción estilística que excluye tanto lo indígena como lo popular pero también lo francés: “Pasar inadvertidos, hacernos perdonar esa guarangada del tango,

7 Por ejemplo, Beatriz Sarlo en *Borges, un escritor en las orillas*, señala: “Los escritores de la élite criolla fundan su relación con la lengua sobre dos valores: la espontaneidad (reclamada por Girondo: se es argentino de manera no adquirida) y la naturalidad de quienes no han debido aprender el español como si se tratara de una lengua extranjera cuyo dominio obligaba a desaprender otras lenguas” (42-43).

descreer de todos los fervores a lo francés y no entusiasmarse, es opinión de muchos. Hacerse el mazorquero o el quichua, es carnaval de otros.”

Esa tradición literaria que se defiende no comporta una ruptura lingüística con el español general: “Muchos, con intención de desconfianza, interrogarán: ¿Qué zanja insuperable hay entre el español de los españoles y el de nuestra conversación argentina? Yo les respondo que ninguna, venturosamente para la entendibilidad general de nuestro decir.” La diferencia lingüística existe, aunque no altera la intercomprensión, y no se sostiene en la creación léxica –por ejemplo, en los argentinismos– sino en la diferente significación o “connotación” que algunas palabras del léxico general tienen en el español porteño: aquello que Borges llama “un matiz de diferenciación”, que “es lo bastante discreto para no entorpecer la circulación total del idioma y lo bastante nítido para que en él oigamos la patria”. Ese matiz, subraya Borges, es imperceptible en otros usos lingüísticos que el literario: “Esa divergencia, nula en la prosa argumentativa o en la didáctica, es grande en la que mira a las emociones.” La opción que se reivindica, finalmente, consiste en profundizar la búsqueda de la singularidad literaria nacional en el marco de la lengua general: “Dentro de la comunidad del idioma [...] el deber de cada uno es dar con su voz.” Borges eleva a la categoría de deber patriótico esa búsqueda estética y se ubica por fuera de todo proyecto científico en tanto remite a una “esperanza”: la de que los escritores encuentren una “plena entonación argentina del castellano”.

Al año siguiente, con la publicación de *El idioma de los argentinos*, Borges continúa y amplía esta perspectiva. De la veintena de textos que componen este libro, ninguno se centra exclusivamente en cuestiones lingüísticas, que quedan reducidas a referencias ocasionales; tampoco se encuentra aquí la postulación de una “lengua nacional” ni una reivindicación del particularismo lingüístico. El antihispanismo, eventual, se manifiesta en la impugnación de ciertos modelos literarios (Góngora, Manrique) y convive con el encendido elogio de otros autores españoles (Unamuno o Quevedo). En ningún caso, finalmente, se propone una polémica abierta con los filólogos españoles. De hecho, las referencias a estos son escasas y, aunque normalmente tienen un carácter negativo, ocupan un lugar claramente marginal y se vinculan con cuestiones literarias. En “Indagación de la palabra”, por ejemplo, discute y rechaza las posiciones que, desde la gramática tradicional y el idealismo lingüístico, se han propuesto para car-

acterizar el proceso de comprensión lingüística. En relación con la segunda, refiere y cuestiona la propuesta de Croce, según la presentación que de él hace Manuel de Montolú, tercer director del Instituto de Filología, en una publicación realizada por ese centro en 1926: *El lenguaje como fenómeno estético*. En “La simulación de la imagen”, Borges ataca la interpretación que Dámaso Alonso, integrante del Centro de Estudios Históricos, había establecido sobre las *Soledades* de Góngora, autor al que dedica una larga serie de impugnaciones (por ejemplo, “Para el centenario de Góngora”).

En este contexto aparecen dos referencias a Castro: una en “El idioma de los argentinos” y otra en “La conducta novelística de Cervantes”, en ambos de forma relativamente irónica con respecto a su estilo y a su método. Sin embargo, Borges no critica aquí las ideas del ex director del Instituto de Filología sobre aspectos lingüísticos del mundo hispánico o de Buenos Aires. En “El idioma de los argentinos”, por ejemplo, anota de pasada que “[l]a palabra ‘egregio’, tan publicada por la *Revista de Occidente* y aún por don Américo Castro, no sabe impresionarnos”, y en “La conducta novelística de Cervantes” escribe: “Hasta don Américo Castro (en su libro encaminado a probar que Cervantes vivió de veras en el siglo dieciséis y en su atmósfera) se limita a emparejar los consejos de Don Quijote con los de Isócrates” (126).

En 1928, *El idioma de los argentinos* obtiene el segundo lugar en el Premio Municipal, otorgado por un jurado que integran, entre otros, dos representantes de la Facultad de Filosofía y Letras: Carmelo Bonet y Coriolano Alberini (este último, varias veces Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y responsable del proyecto que llevaría a la fundación del Instituto de Filología). La premiación es una prueba más de que, a pesar de operar desde un espacio no especializado, la producción de Borges no es percibida, por parte de destacadas figuras de la vida universitaria, como una irrupción polémica en el campo intelectual.

3

Después de *El idioma de los argentinos*, las ideas lingüísticas de Borges aparecen en un conjunto de textos marginales que ponen en juego dos estrategias discursivas nuevas: por un lado, Borges menciona por primera vez de forma explícita a sus adversarios; por otra, se identifica de modo creciente con intelectuales que abordan el tema de la lengua fuera del circuito

universitario. La reseña que escribe del libro *Idioma nacional rioplatense*, de Vicente Rossi, publicada en la revista *Síntesis* en 1928, es sintomática de esta transformación.⁸ Su posición se constituye en dos tiempos: primero desecha la tesis de Rossi (“confunde los estudios filológicos con la esperanza criolla”); luego lo reivindica frente a quienes defienden a ultranza la norma castellana, los “casticistas”. Juzgadas desde el punto de vista de un “imparcial criterio científico”, ambas posiciones son, para Borges, falsas; no obstante, las de Rossi, enfrentadas al “aspaviento español” o a la “indignación académica”, son preferibles: “Divisa por divisa, me quedo con la de mi país y prefiero un abierto montonero de la filología como Vicente Rossi a un virrey clandestino como lo fue D. Ricardo Monner Sans” (373). El filólogo atacado aquí no está, sin embargo, vinculado al Instituto de Filología: es un intelectual español de ideas normativistas que había llegado a fines del siglo XIX con la misión, asignada por el Estado argentino, de renovar la enseñanza del castellano.⁹

Cinco años después, Borges modifica una vez más su posición. Si bien su concepción unitaria del español se mantiene, el rechazo de la Academia (o de quienes considera que actúan como sus voceros, tal el caso de Monner Sans) se convierte en una impugnación explícita del saber detentado por los filólogos a cargo del Instituto de Filología. En esta batalla, Borges ya cuestiona directamente a los integrantes del campo científico para aliarse con aquellos desplazados por las transformaciones disciplinarias inauguradas por la investigación universitaria. Así, es nuevamente en una reseña a un libro de Rossi, *Desagravio al lenguaje del Martín Fierro*, donde Borges establece en 1933 la única valoración negativa del Instituto anterior a su

8 Rossi es, con Costa Álvarez, el crítico más importante que tiene el Instituto de Filología; a diferencia de Costa Álvarez, los ataques de Rossi provienen de un lugar completamente marginal a los canales de circulación del conocimiento científico y no generan respuesta alguna entre los responsables e integrantes del Instituto. A diferencia, también, de Costa Álvarez, Rossi sostiene la existencia actual de un “idioma nacional rioplatense” o “arjentino-uruguayo”.

9 La valoración negativa de Monner Sans reaparece en un texto algo posterior, en el *Evaristo Carriego* (1930). Allí, Borges acude reiteradamente a Rossi como cita de autoridad, y opone su saber histórico a la ignorancia de Monner Sans: “El imperceptible Monner Sans, virrey clandestino, lo hizo [al término *compadrito*] equivaler a *matasiete*, *farfantón* y *perdonavidas*, y demandó: ¿Por qué compadre se toma siempre aquí en la mala parte?, investigación de que se aligeró enseguida escribiendo, con su tan envidiada ortografía, sano gracejo, etc.: *Vayan ustedes a saber*” (133).

reseña de 1941. Encuadrando el enfrentamiento lingüístico en términos de una historia colonial cifrada en los opuestos de virreinato y montonera, dependencia y emancipación, impugna abiertamente los referentes de la lingüística institucionalizada por su carácter represivo:

Remota consecuencia del artiguismo, la aventura de Vicente Rossi y de los filólogos es uno de los más risueños y heroicos lances de la Independencia de América. Se trata de un vistoso duelo (que no es a muerte) entre un matrero criollo-genovés y la lenta partida de policianos, adscriptos esta vez a un instituto de Filología que despacha glosarios y conferencias en la calle Viamonte –antes calle del Temple, de meretricia y barullera memoria. (7)

De la referencia histórica, Borges pasa de inmediato a la impugnación metodológica, en un movimiento discursivo destinado a cuestionar la autoridad de la filología como disciplina científica. Recuperando la dimensión crítica que las intervenciones de Rossi tienen respecto de los filólogos españoles en Buenos Aires, Borges rechaza la idea de que la literatura gauchesca ofrezca un testimonio lingüístico de la lengua de los gauchos. La objeción, en este caso, apunta al centro mismo de la concepción filológica de Menéndez Pidal y sus discípulos, y posiblemente al trabajo de Eleuterio Tiscornia, publicado por el Instituto de Filología en 1930, *La lengua de "Martín Fierro"*. También cuestiona uno de sus principios metodológicos esenciales, el que sostiene que los textos literarios (y, especialmente, aquellos que constituyen la tradición literaria nacional) ofrecen un testimonio privilegiado del estado de una variedad lingüística (generalmente, la culta) en un determinado período histórico. En otros términos, rechaza la posibilidad de aplicar al *Martín Fierro* los criterios que, por ejemplo, había aplicado en su lectura del *Cid* Ramón Menéndez Pidal.

En este contexto, llama la atención también el hecho de que, al criticar al Instituto, Borges se distancia al mismo tiempo de Alonso, quien un año antes lo había considerado “compañero en estas preocupaciones” en su artículo “El problema argentino de la lengua”, publicado en la revista *Sur*. En este trabajo, Alonso postula la existencia de un desajuste entre el habla de los sectores cultos y, en particular, de los escritores (un “castellano general con timbre propio”), y el de los sectores populares, “la masa de cultura media”, defectuosa y alejada de la norma culta castellana.

Después de trece años de no producir una reflexión larga en materia de lenguaje, Borges escribe a finales de 1941 su texto más provocador y tajante en torno al tema: la reseña de *LPLR*. En este trabajo breve, aborda un libro de una figura intelectual de talla internacional e influencia creciente, que ha producido un texto no menos provocador y tajante. No se trata, como se ha indicado, de un adversario nuevo: Castro era el único miembro del Instituto de Filología al que Borges había criticado por su metodología de investigación y estilo ensayístico en *El idioma de los argentinos*. Pero esas intervenciones habían escapado de cualquier controversia sobre la lengua e historia de la Península o de la Argentina.¹⁰ En su reseña, en cambio, Borges ataca de forma exclusiva y detallada la obra de Castro para cuestionar, por su intermedio, los objetivos científicos e ideológicos del Instituto de Filología. La fecha y las circunstancias peculiares en que se produjo el libro de Castro no son marginales a la hora de comprender la apreciación de Borges; un punto central del ataque es precisamente la complicidad entre metodología especializada y totalitarismo político.

A pesar de que Borges ya había ligado las actividades de los filólogos españoles al colonialismo soterrado y a las actividades policiales, su reseña representa una escalada crítica significativa en el conjunto de referentes con los que hasta entonces se había asociado a los especialistas en la disciplina: aquí Castro es ligado al nazismo. En medio de la Segunda Guerra Mundial, Borges comienza de este modo: “La palabra *problema* puede ser una insidiosa petición de principio. Hablar del *problema judío* es postular que los judíos son un problema; es vaticinar (y recomendar) las persecuciones, la expoliación, los balazos, el degüello, el estupro y la lectura de la prosa del doctor Rosenberg” (66). De este modo, Borges asume el lugar de un intelectual antinazi que se ha propuesto denunciar a un liberal antifranquista al que hace cómplice de una ideología de control, represión y subordinación cultural enmascarada en una disciplina de pretensiones científicas.

El final de la reseña, por su parte, no es menos significativo, en tanto indica el alejamiento de Borges del lugar desde el que había hablado

10 A diferencia de Alonso, con quien mantuvo una relación cercana y prolongada, Borges estaba en Europa durante la primera estadía de Castro en la Argentina en 1923, y sólo parece haberlo conocido personalmente como resultado de su breve residencia académica en Buenos Aires en 1937.

hasta entonces. Después de más de una década de mantener una posición alternativa, pero no hostil, frente al campo de la filología universitaria, ocupándose fundamentalmente de la definición de una lengua literaria, Borges abandona aquí esa perspectiva para centrarse en cuestiones puramente lingüísticas. En este caso, asume el rol de un escritor no especializado, pero que tiene un conocimiento más imparcial y profundo de las realidades lingüísticas que Castro o el Instituto. Acepta el juicio de Castro (*LPLR* 122) de ser un escritor “cuyo estilo es correcto”, pero observa que ello no lo inhabilita “para hablar de estilística” (70).

En este contexto, su apelación directa a la figura disidente de Costa Álvarez como autoridad imprescindible sobre el lenguaje argentino frente a la posición de Castro implica una alianza total y explícita sin precedentes con los sectores excluidos del Instituto. Para demostrar la actitud sesgada de Castro, después de presentar un ejemplo de lenguaje popular argentino como evidencia de que los españoles no hablan “mejor”, Borges señala que el texto que está citando lo “registra el vocabulario jergal de Luis Villamayor”; indica que Castro, sin embargo, “ignora este léxico, tal vez porque lo señala Arturo Costa Álvarez en un libro esencial: *El castellano en la Argentina*” (67). De ese modo inscribe un contraste dramático entre ambas posiciones para reclamar el criterio interpretativo y analítico de los no especialistas y desenmascarar las operaciones de una disciplina que, a pesar de sus reclamos de objetividad, resulta cómplice de una ideología de claras resonancias hegemónicas.

Tanto las objeciones al autoritarismo de Castro como a su parcialidad e ignorancia del objeto que aborda no pueden separarse de las circunstancias políticas e institucionales que habían dado origen a *LPLR*. De hecho, la producción de este libro está estrechamente ligada al exilio de Castro a raíz de la declaración de la Guerra Civil Española y el consecuente cierre del Centro de Estudios Históricos, institución a la que había pertenecido por varias décadas. Buscando una vía de escape, Castro regresa a Buenos Aires brevemente en 1937 a impartir cursos y desarrollar actividades de investigación patrocinadas por el Estado argentino. Alonso, quien en 1936 había obtenido del Congreso Nacional un subsidio destinado a solventar las actividades del Instituto de Filología, propone destinar parte de esos fondos para contratar a Castro de abril a diciembre de 1937 con la misión de “dedicarse a la investigación y de hacer un seminario” centrado en “el

castellano de Buenos Aires”, cuyos resultados debían publicarse como libro (Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras, Expediente B-6-2, 6).

Castro, sin embargo, abandona sus tareas en octubre de ese año, cuando parte hacia los Estados Unidos. Dos meses después, instalado en Madison, Wisconsin, le pide a Alonso que “[v]ea qué cabría hacer con todo lo acumulado ahí sobre el lenguaje de Bs As. Déle [sic] la orientación que crea, pero habría que hacerlo; no se trata sino de marcar líneas grandes y superar los mediocres estudios existentes” (8 de diciembre de 1937).¹¹ Se ignora por qué Alonso no se hace cargo de la continuación del proyecto. En cualquier caso, Castro tampoco retoma las tareas hasta 1939, cuando estaba enseñando en la Universidad de Texas, y le toca dictar un curso de verano sobre el español de América. Sin embargo, sólo un año más tarde, y con ocasión de haber sido invitado al Segundo Congreso de Catedráticos de Literatura Iberoamericana en Los Ángeles (agosto de 1940), se dedica a escribir sobre el tema.¹² Es entonces cuando le comenta a Alonso el carácter polémico de las ideas de su ponencia y la posible reacción adversa que provocará. En su carta del 12 de julio de 1940 señala: “Voy a tratar de desarrollar [en el Congreso] una idea que quizá me atraerá las iras de esas gentes.”¹³ En la misma carta a Alonso formula sus conceptos básicos:

11 Todas las citas a las cartas de Castro provienen del archivo de Amado Alonso, depositado en el Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid, España).

12 Estas dos circunstancias institucionales no son menores a la hora de entender la producción del libro: trabajado en el marco de un curso de español en los Estados Unidos, y expuesto también por primera vez en un congreso norteamericano, el libro de Castro no es ajeno al auge de la enseñanza del español en aquel país debido al creciente interés en la cultura latinoamericana desde la implementación de la Política del Buen Vecino de la administración de Franklin D. Roosevelt. En un contexto en el que los académicos españoles temen perder un lugar central en la academia estadounidense, la problemática de qué variedad de español debía enseñarse a los alumnos estadounidenses surgió como una problemática central. En este sentido, muchas de las referencias de *LPLR* en torno al tipo de lengua que debe privilegiarse estarán dedicadas no sólo a los interlocutores argentinos sino también a los norteamericanos. De ahí las numerosas aclaraciones sobre términos obvios para los argentinos que aparecen en el texto (hecho que será objeto de burla por parte de Borges), así como la referencia final del libro a las consecuencias que debe enfrentar un estudiante de español cuando llega a la Argentina.

13 En cartas posteriores, cuando ya está trabajando en el libro, subraya esta misma idea: “Con ese librito se meterá la gente, pero lo que ahí se dice sobre el gauchismo, etc., será al fin aceptado como la verdad” (9 de enero de 1941).

Mi tesis es: la Argentina tiene problemas lingüísticos [sic] que no se presentan en ningún [sic] otro país [sic] de América [sic]: gauchismo, indisciplina lingüística [sic] crónica [sic], el caos actual etc. ¿Porque? [sic] Porque el país [sic] fue distinto desde que nació. Careció de fuerzas guías desde el comienzo [...] Desprestigio de toda autoridad [...] ¿Quién [sic] podía ponerle puertas al campo? [...] El explicar lo de ahí [sic] por la abundancia de inmigrantes no se tiene en pie, desde el momento que en el Brasil hay tantos bachichas o más [sic] que ahí [sic] (en Sao [sic] Paulo p. e.), y sin embargo, el portugués [sic] no ha sido desbordado por los “bandeirantes” etc., por las mismas razones que no se rompió la unidad política: la monarquía los preservó [...] la vitalidad rioplatense –que es evidente– sirvió para arrollar cauces: el gauchaje se lanza sobre la ciudad [...] como hoy se desbordan las actitudes de cada uno en lunfardo, lengua nacional, etc. [...] De Chile a Méjico [sic], toda la vida estuvo moldeada por acción [sic] nobiliaria: el Río [sic] de la Plata era un fleco del manto regio, entregado a codicias comerciales y a reacciones informes. Faltaron siempre las envolturas de la auténtica [sic] vida hispánica [sic].

En su libro Castro desarrollará precisamente estas ideas, agregando que la lengua presenta en Buenos Aires “rasgos de desorden y hasta de desquiciamiento” (10), ya que en esa zona del “ex-imperio” aún no se había interrumpido “el proceso de descomposición y autofagia” (47). Las nociones de “desbarajuste” y “anarquía” lingüística son constantes en su ensayo. Se trata, en opinión de Castro, de un proceso histórico de larga data, en el cual la inmigración no representa más que el último eslabón. A diferencia de Alonso, que veía en el proceso de llegada masiva de los extranjeros la causa inmediata de la situación lingüística de Buenos Aires, para Castro ésta era producto de la “indisciplina” política, social y cultural que había atravesado la historia del país por siglos.

Su explicación del voseo, uno de los temas recurrentes del libro, es ilustrativa en este sentido. Según Castro, “en América Central el voseo es resto inconsciente del pasado; en Buenos Aires, se afirma dinámica y agresivamente, como una activa resistencia” (76). El uso de este “arcaico vulgarismo” entre “los más distinguidos” es un “asunto con el que nada tiene que hacer la inmigración [...] El sentido de semejante fenómeno hay que buscarlo en hondas y temperamentales reacciones históricas, singulares antes a orillas del Plata como lo son hoy día” (31). Así, “la Argentina sigue emperrada en su *vos plebeyo*” (34) ya que lo propio de Buenos Aires “es su rebelión contra la acción educativa, es su engallamiento agresivo contra la

intensa acción de la cultura, prodigada por los mejores desde hace más de medio siglo” (76).

Desde el punto de vista programático, el libro insiste en que las élites del saber (escritores, alta prensa periódica) y el Estado deben imponer control y sanciones a esa “invasión de noñez bárbara” (20) que tiene entre sus defensores a ciertos autores de textos de consumo masivo (periodistas de diarios populares, saineteros y autores de letras de tango). Al abogar por lo que llama una “policía del idioma” fundada en “tipos literarios, en la doctrina de ciertos técnicos o en el ejemplo de las clases más distinguidas” (117), Castro pretende que “las ocurrencias disparatadas o vulgares, fruto de estímulos caóticos e indomables, no [vayan] más allá de la puerta de los labios” (118). La idea de que “una colectividad social carezca de frenos e inhibiciones” (11), de que se encontrara “frente a un constante prurito de rebeldía respecto de cualquier norma o magisterio, con desdén para su valía y su santa eficacia” (23), supone para Castro la necesidad de reforzar nociones de jerarquía y autoridad para encauzar ese “verdadero caos” que es la lengua española en Buenos Aires (142).¹⁴

Las predicciones de Castro sobre la recepción del libro resultaron confirmadas e iniciaron un debate que se extendería por veinte años. El rechazo de sus ideas se empezaría a observar menos de dos meses después de que Castro regresara del congreso de Los Ángeles. El desacuerdo de Alonso se manifiesta en un punto central: su reticencia a hacerse cargo de la publicación del libro en Buenos Aires; el 17 de octubre de 1940 Castro escribe: “Si V. cree que eso lo puede publicar Losada, haga el favor de ponerme un cable [...] No quiero en modo alguno que eso se publique si le disgusta a V.” Por lo que es posible saber de las cartas de Castro, los puntos de la objeción de Alonso derivaban de las comparaciones entre el español de Argentina y el portugués de Brasil (donde, en opinión de Castro, el habla de los “negros” no había escapado de los cauces de la norma de los sectores dirigentes), así como del uso de los artículos periodísticos de *Last Reason* como evidencia probatoria de su tesis (28 de febrero de 1941).

14 Aquí Castro sigue la posición establecida en “El problema argentino de la lengua” por Alonso, para quien lo característico de la Argentina es que las clases cultas han perdido el control de la norma lingüística. Castro, sin embargo, aborda el tema desde una perspectiva histórica, mientras que Alonso, siguiendo más ortodoxamente a Menéndez Pidal, entiende que el fenómeno es el mismo que permitió la romanización del latín.

Apenas aparecido el libro, la prensa publica una serie de reseñas negativas. *La Prensa* del 31 de agosto de 1941, por ejemplo, ataca el ensayo por su metodología y estilo, continuando las objeciones que Borges había realizado en 1927 con relación a otros textos de Castro, y que después reiteraría él mismo en 1941. El reseñista anónimo indica allí que Castro “abona sus afirmaciones” con lo que han dicho “varios escritores de brocha gorda, con sueltos periodísticos en que se exalta el guirigay del arrabal y [...] con otros materiales tan curiosos como pintorescos. Hábilmente el autor adereza y acomoda los hechos que relata a su tesis” (8). *La Prensa* también critica a Castro por el uso de anécdotas transmitidas al autor oralmente como evidencia probatoria. Finalmente, comenta que el libro “no se recomienda por su buen estilo, ni tampoco por el análisis que hace con tono de reproche de algunas voces castizas que han adquirido aquí sentido peyorativo, como si hechos análogos no se produjeran en todos los tiempos y en todos los pueblos”.¹⁵

Poco más de un mes después, el semanario antifascista *Argentina Libre* publica un suelto y un artículo extenso sobre *LPLR* firmados por José Gabriel el 2 y el 9 de octubre de 1941, respectivamente. Retomando explícitamente la crítica de *La Prensa*, Gabriel ataca la metodología y el estilo de Castro, pero introduce un tema nuevo: el de la complicidad entre filología y autoritarismo cultural, manifiesto no sólo en el libro de Castro, sino también en las publicaciones de Alonso y sus actividades al frente del Instituto. Para destacar la conexión, Gabriel insiste en el hecho de que Castro retoma las ideas de Alonso, quien, “bajo las apariencias más científicas y más cortesanas” cree que la corrección del “plebeyismo” lingüístico podría lograrse

15 La reseña anónima de *La Nación*, aparecida el 14 de septiembre de 1941, centra sus objeciones menos en las tesis lingüísticas que en la interpretación sociohistórica de la Argentina. El “error” de Castro, que “desvirtúa grandemente la teoría general del libro que tenemos a la vista”, deriva de haber prescindido de la tradición “de nuestro patriciado, de nuestra sensibilidad clásica” y considerar única y sesgadamente que la Argentina está modelada por el “ímpetu de los de abajo”: “toma, para juzgarnos, lo bajo de nuestro medio, en vez de tomar lo alto”. Así, cuando Castro señala la anarquía lingüística de Buenos Aires, se equivoca al “no pensar que ese plebeyismo es el de la plebe en todas partes y que la Argentina posee, en la realidad discreta de sus dignas reservas, un perfil nada plebeyo, sino al contrario tan fino y señorial como el que apunta en los escritores de la calidad de los que D. Américo Castro cita” (5).

si “nos hiciésemos algo más dóciles a los libros y a los profesores peninsulares”. Por lo demás, para Gabriel el autoritarismo de esta posición remite a un fascismo soterrado: la continua referencia de Castro al efecto benéfico de la influencia monárquica en la creación de “frenos e inhibiciones” en otros lugares del imperio español, y la explicación del “plebeyismo” argentino por el hecho de que al Río de la Plata no llegaron las “ráfagas del gran vendaval del imperio”, representa una contradicción evidente en un intelectual republicano que ha huido del fascismo. En este sentido, Gabriel anota en su suelto que se trata de “un libro de intención orgánica antiamericana y, en el fondo, falangista, compartida por grupos de nuestro país, presuntamente republicanos, que hay que desenmascarar”, ya que esas ideas constituyen el “mayor servicio” que se le puede hacer a Franco (3). En su artículo, subraya además que esa posición representa un “falso liberalismo [...] que debemos contrarrestar” por su “incomprensión cultural” y su “limitación europeísta” (9).¹⁶

Pero a pesar de las críticas negativas, Castro confiaba en que *Sur*, la revista más prestigiosa e influyente del mundo intelectual latinoamericano del momento, respaldaría su posición: “Me escriben que Victoria [Ocampo] y su círculo están conmigo en este caso”, señala Castro a Alonso el 17 de noviembre de 1941. Pero esos reportes eran, sin duda, erróneos: casi de inmediato, *Sur* se convertiría en el escenario privilegiado del debate por parte de dos de los intelectuales más consagrados del medio porteño, miembros del consejo y colaboradores de la publicación: Borges y Alonso.

En principio, la reseña de Borges en *Sur* constituye una lectura selectiva de *LPLR* en lo que respecta a la estructura misma del libro. De hecho, el texto de Borges pasa casi enteramente por alto los primeros tres capítulos del ensayo (de un total de seis), que contienen la explicación de las causas históricas de largo plazo que permitirían entender el funcionamiento de

16 El 17 de noviembre de 1941, Castro escribe a Alonso: “El canallita de Gabriel ha escrito que mi libro es fascista, o imperialista español. Eso es lo que prueba que tengo razón en mi explicación del vos y del gauchismo, explicación a la que no han opuesto ninguna otra. He mandado un artículo muy correcto, pero muy claro, a La Nación [sic]”. El artículo salió finalmente en *Nosotros* bajo el título “Unas palabras complementarias”. En él, además de repetir los puntos defendidos en su libro, dedicó un párrafo a la guerra europea, pero en lugar de responder a las acusaciones de Gabriel, señaló que sus acusadores “debieran aprovechar tan amargo trance para licenciar la bruma de sus lugares comunes y pensar de veras en lo que seamos y por qué lo seamos” (6).

la lengua de Buenos Aires, así como la dilatada discusión y fuerte cuestionamiento del voseo. En rigor, el trabajo de Borges se centra en la segunda parte de *LPLR*, donde Castro se detiene en la discusión del español usado contemporáneamente en Buenos Aires y donde condena “esa escriturería aplebeyada del llamado teatro nacional, y de las secciones populacheras de cierta prensa” que apela al lunfardo, al cocoliche, al “revesado” (138), e incluso los defiende como futuro idioma rioplatense.

Al igual que el reseñista de *La Prensa y Argentina Libre*, Borges ataca la idea de que ese lenguaje sea propio de Buenos Aires. También subraya la parcialidad y la falta de perspectiva del análisis. Señala que Castro “[a]cumula retazos” de Pacheco, de Vacarezza, de Lima, de *Last Reason*, de Contursi, de Enrique González Tuñón, de Palermo, de Llanderas y de Malfatti, los copia con infantil gravedad y luego los exhibe *urbi et orbe* como ejemplos de nuestro depravado lenguaje” (66); más adelante, apunta que Castro es un “lector inexplicable de Carlos de la Púa y de *Yacaré*” (68). Pasando por alto la cuestión de los portuguesismos e italianismos que aborda *LPLR*, Borges destaca, por fin, otra falta metodológica en la que incurre el libro: “El doctor Castro nos imputa arcaísmos. Su método es curioso: descubre que las personas más cultas de San Mamed de Puga, en Orense, han olvidado tal o cual acepción de tal o cual palabra; inmediatamente resuelve que los argentinos tenemos que olvidarla también” (68). La arbitrariedad del método de Castro en relación con su ideología castellanocéntrica se sintetiza en la frase: “Ataca los idiotismos americanos, porque los idiotismos españoles le gustan más” (68). En materia de estilo, por último, subraya: “En este libro, la forma no desdice del fondo. A veces el estilo es comercial [...] Otras, la trivialidad continua del pensamiento no excluye el pintoresco dislate [...] el doctor Castro, más versátil en el error, conjuga la radiotelefonía y el fútbol” (69).

Una lectura crítica de la reseña de Borges indica que sus ideas no difieren en lo sustancial de las expresadas en *La Prensa* y en *Argentina Libre*. Lo que distingue su comentario es, de hecho, el modo en que construye su estrategia argumentativa: se trata de la magnificación de las objeciones tanto a nivel ideológico como técnico, a través de atribuciones falsas. Así, sólo una parte de los autores de sainetes, tangos y artículos periodísticos asociados al uso del lunfardo que menciona Borges aparecen realmente citados por Castro: en *LPLR* no hay referencia explícita a Contursi, Enrique

González Tuñón, Palermo o *Yacaré*. El ejemplo de “las personas más cultas de San Mamed de Puga, en Orense” (68), destinado a criticar al arcaísmo como concepto teñido de ideología castellanocéntrica, no figura en el libro.

Tampoco se encuentra ninguna indicación de que Castro “[d]esdeña a López”, ya que dedica en realidad extensas secciones a otro historiador, Bartolomé Mitre, a quien cuestiona reiterada y severamente por el uso del concepto de democracia para describir la situación política y social de la Argentina posindependentista.¹⁷ Con respecto a la idea de que Castro “venera a Ricardo Rojas” (68), el hecho es que lo trata con notoria displicencia y rechaza fuertemente sus argumentos al criticar en varias oportunidades la consagración nacionalista de la literatura gauchesca, aspecto central de la obra docente y de investigación de Rojas, tanto por sus consecuencias ideológicas como por la cuestionable validez de las comparaciones históricas utilizadas para llevar a cabo esa operación cultural.¹⁸

Pero Borges no limita su crítica al libro de Castro. Como Gabriel en su reseña, después de reafirmar la unidad del español rioplatense (“Salvo el lunfardo [...] no hay jergas en el país”), Borges liga institucionalmente el ensayo de Castro a las actividades del Instituto de Filología y cuestiona al centro universitario por una serie de temas que, en realidad, se abordan en *LPLR*:

No adolecemos de dialectos, aunque sí de institutos dialectológicos. Esas corporaciones viven de reprobando las sucesivas jerigonzas que inventan. Han improvisado el *gauchesco*, a base de Hernández; el *cocoliche*, a base de

17 Según Castro, Mitre “trazó correctamente las líneas del perfil colonial, aunque fiel al culto de los oropeles abstractos, según era normal en el siglo XIX, deslizó aquí la falaz palabra democracia” (35), por lo cual “algunos argentinos han confundido la rebeldía y la interbelicosidad hispanas con los credos dieciochistas de la democracia” (37). Y concluye: “En lugar de una auténtica democracia –fundada en trabazones jurídicas y colectivas–, surgió una aglomeración o concomitancia de intereses económicos, de apetencias epicúreas o de ingenuas vanidades” (115).

18 En este sentido apunta: “La peculiaridad y lo extraño no radica en el tema gauchesco, sino en que se tome tal forma de expresión como característica de un arte nacional” (137). También ataca su comparación con las gestas medievales, “fruto de un estado de civilización [...] con el cual el siglo XIX rioplatense nada en absoluto tiene que ver. Se olvida, por otra parte, que las gestas medievales fueron escritas en el idioma [...] más alto posible dentro de la cultura de su medio, y no en ninguna jerga a la vez rústica y convencional. Martín Fierro es [...] un héroe posromántico, gemebundo y sentencioso, sin nada de aquel aire de vuelo irreal que ostentan en su estilo el Roldán o el Cid épicos” (82).

un payaso que trabajó con los Podestá; el *vesre*, a base de los alumnos de cuarto grado. Poseen fonógrafos; mañana transcribirán la voz de Catita. En esos detritus se apoyan; esas riquezas les debemos y les deberemos”. (67-68)¹⁹

Finalmente, en la desautorización de la figura de Castro como intelectual republicano y de la filología como disciplina científicamente neutra, Borges también sigue la conexión ideológica marcada por Gabriel, pero acentúa sus ideas: si Gabriel había subrayado la vinculación del modelo disciplinar del Centro de Estudios Históricos y, por derivación, del Instituto, con el falangismo, Borges liga a Castro y al Instituto no ya con la situación política española del momento, sino con el nazismo. La filología no aparece, en este contexto, más que como un constructo disciplinario de derecha destinado a justificar un programa de control cultural que autorizaría a los especialistas españoles supuestamente liberales a imponer y sancionar a los hablantes que no se ajustaran a sus normas.

6

Las duras críticas a *LPLR* no generaron, sin embargo, una respuesta inmediata por parte de Castro. Fue Alonso quien, de hecho, salió a cuestionar a Borges en su nota “A quienes leyeron a Jorge Luis Borges en *Sur*, N° 86”, publicada en el número 89 de la misma revista. Sin embargo, el objetivo de Alonso no sería defender aquí a Castro, sino refutar “el pasaje acotado” de Borges sobre el Instituto. En verdad, Alonso no dice en ninguna instancia que la reseña de Borges es “errónea” e “injusta” con la obra de Castro, sino con los proyectos de investigación que él dirige en la Universidad de Buenos Aires. Frente a la idea de que el Instituto estudia objetos que él mismo se ha inventado, entre ellos el lenguaje gauchesco (acusación que Borges ya había lanzado en su reseña sobre Rossi en 1928), Alonso responde que en el trabajo de Tiscornia sobre *Martín Fierro* no se sacan conclusiones sobre el uso lingüístico a partir de fuentes literarias, sino que “se hace diferencia entre las formas realmente campesinas y las que son debidas al poeta. No hay en el libro de Tiscornia el menor indicio que permita atribuirle

19 En *LPLR*, Castro señala que al *vesre* lo “prefieren los escolares” (96) y que “los niños en una cierta edad inventan diversas algarabías como mero juego” (120); sobre el cocoliche apunta: “argot hispanoitaliano practicado a orillas del Plata por algunas clases bajas. Esas hablas múltiples, movedizas y arbitrarias” (96).

reprobación de la jeringoza que inventa, ni de que la invente, ni de que la tenga por jeringoza”. Al mismo tiempo, Alonso desmiente otros dos ataques de Borges: si por un lado señala que el “Instituto no ha inventado el *cocoliche*. Tampoco lo ha estudiado”, por otro remarca que tampoco “ha inventado el *vesre*” o “lo ha estudiado”. Finalmente anota, con respecto a Catita, un popular personaje de radio inventado por la actriz cómica Niní Marshall, que “[e]l Instituto no posee gramófonos; probablemente no transcribirá mañana la voz de *Catita*”.

El objetivo de las puntualizaciones de Alonso es, en última instancia, separar las ideas presentadas en el libro de Castro de las sostenidas en el espacio institucional que dirige, tanto desde el punto de vista ideológico como metodológico. De hecho, oponiéndose a la perspectiva de la Real Academia y de Castro, indica que el Instituto “sí ha estudiado y sigue estudiando el hablar de Buenos Aires y de nuestros campos, y no desde un punto de vista académico o autoritario”. Aunque el Instituto de Filología representaba, en parte, una extensión de los postulados disciplinarios establecidos y promovidos por el Centro de Estudios Históricos, Alonso quiere subrayar así que la obra del Instituto se ubica dentro de un proyecto cultural argentino que las instituciones y algunos especialistas peninsulares desconocen. Su insistencia en referirse a “nuestro país” cuando habla de la Argentina puede leerse como una respuesta a los presupuestos hispanizantes de Castro así como al señalamiento de Borges respecto de Costa Álvarez como referente “esencial” para el estudio del lenguaje argentino. En este sentido, Alonso remarca de manera decidida que los investigadores del Instituto trabajan con el propósito de “hacer lo más decentemente posible la tarea que nos toca en la comunidad a que pertenecemos y en el suelo donde se desarrollan nuestras vidas, o sea, en nuestra patria, si ustedes me lo permiten. Y haciéndola entre todos, no vamos a andar debiéndonos por ello los unos a los otros” (80).

El posicionamiento de Alonso no tendría consecuencias menores para los objetivos políticos y lingüísticos que el Centro de Estudios Históricos, y en particular la figura protagónica de Castro, se habían propuesto desde comienzos de la década de 1920 con relación a América. La correspondencia entre Castro y Alonso muestra que la publicación de *LPLR* supuso un desafío al modo en que el primero había pensado, durante más de una década, lo que él mismo denominaba la “acción española” en el exterior

(Degiovanni y Toscano y García). En 1929 Castro le recuerda a Alonso que éste tenía “ahora en sus manos algo muy importante para la acción española en Bs. Aires” (9 de enero de 1929), y a esa idea volvería a través de los años.

Castro concebía, de hecho, a los miembros del Centro de Estudios Históricos como integrantes de una “familia, que eso somos nosotros, nos veamos o no”, según le refería a Alonso el 9 de abril de 1934. La dispersión de esa familia por razones profesionales o políticas –lo que Castro llamaba la “diáspora hispánica” (24 de febrero de 1934)– no debía conducir, para él, a una fractura disciplinaria. El trabajo conjunto en el Centro de Estudios Históricos aparece claramente en sus cartas como realidad perdida: “Estamos tan lejos unos de otros, sin posibilidad de reconstruir el grupo ideal de antaño”, dice nostálgicamente Castro a Alonso el 30 de mayo de 1941. Pero también constituye un ideal a defender: en su opinión, los lazos de esa familia intelectual debían ser mantenidos a toda costa, en particular frente a sus detractores: “No faltaría [sic] más sino que un extraño pudiese perturbar la paz de una familia, que eso somos nosotros” (9 de abril de 1934).

Pero la publicación de *LPLR* pondría a prueba ese ideal. Ya en su carta del 7 de octubre de 1940, escrita en vista de los cuestionamientos iniciales a su libro, Castro es enfático con respecto al modo en que los dos antiguos miembros del Centro de Estudios Históricos debían manejar la cuestión de las divergencias internas, así como a la coherencia “política” que el Instituto debía mantener a lo largo de los años:

Mi explicación sumaria en la carta que le envié [antes del Congreso de Los Ángeles] era telegráfica y pudo parecerle lo que le ha parecido en efecto. Con todo, como la objetividad fue siempre mi norte, dígame [sic] con claridad lo que piensa. Yo creo que es bueno no cruzar nuestros fuegos, y seguir la política que creo haber inaugurado ahí [Buenos Aires] de criticar los absurdos de ese medio, alentando a la vez a los que en literatura o ciencia hagan algo constructivo, con probabilidad de romper un día la coraza de guaranguería [...] Mas si a V. no le conviene patrocinar ese folleto, dígame [sic]. Mi impresión es que allí se olvida todo en seguida, y que hay que dar golpes a lo mismo.

Este discurso sobre la unidad de la “política” inaugurada por Castro resurge en marzo de 1942, casi un año después de la publicación de *LPLR*, momento en que Alonso está por regresar a Buenos Aires desde los Es-

tados Unidos después de una estadía como profesor visitante, y Castro le recrimina su reticencia y aislamiento, poniendo como justificación del hecho la discrepancia sobre las ideas del libro de 1941. En una carta fechada 6 de marzo de 1942, después de un encuentro en Nueva York, Castro da entender a Alonso que, si bien éste le había manifestado su desacuerdo con relación a ciertos temas tratados en el ensayo, esto no debía ser motivo para generar una ruptura entre ellos. Es entonces cuando Castro sugiere, con un tono de fuerte resentimiento, que la posición de Alonso equivale a una traición a la ideología de la hispanidad a favor del nacionalismo argentino. El uso de una referencia a un hecho contemporáneo, la campaña en la Península Batán en las Filipinas (que supuso la ocupación japonesa de un estado libre asociado de los Estados Unidos) otorga fuertes resonancias militares y defensivas a las palabras de Castro, que piensa en la alianza entre los filólogos españoles desde el punto de vista de la constitución de un frente de batalla:

Me está pareciendo que piensa V. marcharse sin decir “good bye”, y por más que busco, no acierto cuál pueda ser la causa de su actitud. Si hay algo entre V. y yo que yo no sospeche, creo que hace V. mal en marcharse sin decirlo, porque esas cosas no se arreglan por correo. El que V. opine del “vos” y de la Argentina de un modo y yo de otro, no me parece que sea motivo para serios enojos, porque lo mismo pudiera enojarme yo, y no se me ocurre hacerlo. Lo he notado a V. violento y forzado en N. York, no obstante haber derrochado amistad y cordialidad con V. [...]

Ni una palabra me ha dicho V. de solidaridad amistosa, ni de condenación contra la serie de indecencias escritas contra mí [...] Creí que todos guerreamos dentro de la misma Batan Peninsula [sic], y me doy cuenta de que no [...]

A mí me interesa la hispanidad, como valor eterno, trágico y supranacional, y V. por lo visto, está lanzado en la vía de la argentinidad ultra argentina. (6 de marzo de 1942)²⁰

20 La correspondencia que sigue a esta carta muestra que la disputa trajo consigo una ruptura personal y académica entre ambos filólogos que nunca logró recomponerse del todo. Así, por ejemplo, el 15 de octubre de 1945, Castro le dice nuevamente a Alonso que no quiere “cultivar disensiones inútiles, teniendo que trabajar todos por la misma causa” y el 18 de diciembre de 1946, con relación al nombramiento de Alonso en Harvard, le recrimina que, a pesar de haberlo ayudado en las etapas iniciales del proceso, “sin reserva alguna, por pensar que estábamos en familia”, se había enterado de que Alonso había

Aunque es imposible confirmarlo, probablemente la recepción altamente negativa del libro de Castro había dañado en alguna medida el prestigio personal e institucional de Alonso como responsable del Instituto de Filología. A pesar de todo, puede pensarse que Alonso se mantuvo fiel a nivel público a las ideas de Castro, ya que a pesar de su desacuerdo con las formulaciones del texto, se abstuvo de realizar otras declaraciones adversas sobre el conflicto desatado por la publicación de *LPLR*, ajustándose de ese modo al acuerdo de convivencia promovido por Castro para la “diáspora hispánica” y manteniendo sus acusaciones y disputas familiares “puertas adentro”.

En 1942, Alonso escribe una reseña de *LPLR* para la *Revista de Filología Hispánica*, publicada por el Instituto de Filología. Alonso recoge la “acogida de pura diatriba” (390) que ha cosechado el libro de Castro y busca responder ubicando el centro del problema en un plano no técnico sino afectivo. Así, concede que *LPLR* puede ser objetable desde el punto de vista de la concepción histórica que presenta, de su valoración de los fenómenos lingüísticos y hasta del conocimiento que su autor tiene de la realidad argentina; sin embargo, lamenta que “algunos comentaristas argentinos hayan tomado este libro meramente como una expresión de desafecto y hayan replicado con enconados ataques personales”. Frente a estas posiciones, esgrime un único argumento: “El sincero interés y el deseo de ayudar a mejorar las cosas es lo que le ha hecho [a Castro] trazar su croquis de la historia argentina con las líneas de su turbulenta vitalidad, y cargar de tintas negras la pintura del hablar rioplatense” (389).

7

Pero el lanzamiento de *LPLR* no sólo tuvo repercusiones en la definición de las relaciones personales entre los intelectuales involucrados en la polémica: el debate público que siguió también afectó el futuro de los propios textos en que originalmente se comunicaron las ideas. En efecto, tanto la reseña de Borges como el ensayo de Castro serían reescritos en los años siguientes a partir de las objeciones planteadas en el transcurso del diálogo crítico. Después de haber incluido “Las alarmas del doctor

finalmente “arreglando su ida a esa universidad sin decir[le] una palabra” (18 de diciembre de 1946).

Américo Castro” en *Otras inquisiciones* (1952), dándole a la reseña el conocido título, en 1974 Borges la publica en sus *Obras completas* con una modificación significativa: suprimió dos frases (“Poseen fonógrafos; mañana transcribirán la voz de *Catita*”), relacionadas directamente con las puntualizaciones de la nota de Alonso en *Sur*. En este sentido, si bien Borges no se retractó de todas las observaciones de Alonso, puede decirse que tampoco fue absolutamente impermeable a sus críticas. Al eliminar esas frases, Borges suprimió de hecho las únicas referencias que no encontraban correspondencia con los temas de investigación del Instituto o con el texto mismo de la *LPLR*.

Castro, por su lado, tampoco pasó completamente por alto las críticas negativas que había recibido su libro. Sin embargo, los numerosos cambios que introdujo en la segunda edición de *LPLR*, de 1960, y a la que calificó de “muy renovada”, apenas si obedecieron a los cuestionamientos realizados por Borges. De hecho, gran parte de las correcciones, adiciones y supresiones de la edición de 1960 no responden a la controversia de 1941, sino a las ideas desarrolladas por Castro a partir de *España en su historia* (1948). En la segunda edición de *LPLR*, esta perspectiva es visible en las largas secciones agregadas al texto en torno al funcionamiento del imperio español y el rol de la “casta hispano-hebrea”. Por su parte, Castro dejó virtualmente intactas las consideraciones sobre la historia argentina, las disquisiciones y ataques en torno al “gauchismo” y al “lunfardismo”, así como la discusión y condena del voseo argentino (sólo eliminó los párrafos sobre su funcionamiento en Montevideo). De hecho, la más drástica supresión corresponde a las cuatro páginas dedicadas a la gramática de Alonso y Pedro Henríquez Ureña y su impacto en reforma de los planes de estudio en la década de 1930.

En lo que respecta a Borges, la única crítica puntual que parece haberle interesado es la relacionada con un pasaje sobre Benito Lynch. Borges había apuntado: “en la [página] 87, [Castro] se jacta de haber descifrado un diálogo campero de Lynch ‘en el cual los personajes usan los medios más bárbaros de expresión, que sólo comprendemos enteramente los familiarizados con las jergas rioplatenses’. Las jergas –*se pluriel es bien singulier* [sic]” (67). En 1960 Castro suprimió esa cita y el ejemplo que le seguía, no tanto para atender al comentario de la multiplicidad de jergas de Buenos Aires sino a la idea de la dificultad aparente de ese pasaje (muy

transparente en realidad); con esta tachadura, por lo demás, Castro también limitaba su crítica de los autores cultos que utilizaban elementos dialectales, concentrando exclusivamente su ataque en los escritores de los circuitos teatrales, musicales y periodísticos de alcance masivo.²¹

En sentido más amplio, y ya no sólo respondiendo a Borges sino a las críticas generalizadas en torno a la conexión entre estudios lingüísticos e ideologías autoritarias, Castro reconoció que era necesario reconsiderar el modo en que se habían manejado hasta entonces las relaciones culturales entre España y América: “Estamos necesitados de ejemplaridades, no de ambiciones panhispánicas. Recuérdese con cuánta docilidad se rindieron todos a la excelencia poética de Rubén Darío, en un momento en que la ‘madre patria’, fuera de Bécquer, poco tenía que ofrecer como poesía”. Sin embargo, desligaría al Centro de Estudios Históricos y al Instituto de Filología de esa responsabilidad, al apuntar “que era grave la responsabilidad de la Academia Española por no haber podido y sabido ofrecer al mundo de lengua castellana un Diccionario respetable” (11). A pesar de estas consideraciones, notorias en el contexto de la España franquista en la que se reeditó el ensayo, en la versión de 1960 no se observa, sin embargo, ningún cambio significativo que refleje directamente los postulados del prólogo, ya que el texto de 1960 no introduce modificaciones de ningún tipo en las secciones dedicadas a la política imperial española en relación a las colonias ni a la evolución cultural argentina.

8

La controversia entre Borges y Castro no acabaría, sin embargo, con la revisión de sus respectivos textos. Según Borges, el último episodio de su intercambio se produjo en la Universidad de Princeton, cuando Castro era profesor allí. En una de sus entrevistas con Fernando Sorrentino, se refirió a su encuentro en estos términos:

21 Si Castro desoyó todas las objeciones metodológicas de Borges atendió, por contraste, el comentario de *La Prensa* sobre la utilización de una “cita de segunda mano, que peca de superficial y ligera” como elemento probatorio de su tesis. En la segunda edición, Castro eliminó el párrafo: “Fernández Moreno [uno de los más notados poetas argentinos, aclaro yo] me cuenta la estupefacción que causó en una tertulia de gente acomodada la palabra *vehemente* que él empleó” (10). Por su parte, decidió ignorar todos los cuestionamientos de José Gabriel.

Él se acercó a mí, cada uno insistió en que el otro tenía razón, y yo le dije: “Usted tenía razón: sus argumentos eran falsos pero proféticos. Ese culto de lo criminal, de lo vulgar, todo eso culminó después en el peronismo. Usted lo sintió entonces, cuando nosotros no lo sentíamos y fuimos hasta cómplices de todo eso. Sus argumentos, desde luego, eran falsos, porque, para estudiar el modo de hablar de un país, es mejor fijarse en cómo habla la gente y no en cómo hablan los personajes de los sainetes, que son un género humorístico, un género paródico...” (*Siete conversaciones*, 27)

Es imposible saber hasta qué punto la versión de Borges corresponde a lo acontecido en Estados Unidos porque no queda otro testimonio del encuentro. En todo caso, más importante que investigar la exactitud de lo sucedido es relevante subrayar aquí la necesidad por parte de Borges de reconocer el carácter “premonitorio” del libro, basado en su lectura de la sección histórica. Sin embargo, realizar esta puntualización no implica, en el caso de Borges, modificar sus ideas originales, sino extrapolar los postulados implícitos en el texto de Castro. Como en 1941, Borges critica una vez más en su entrevista la metodología filológica y en ningún momento cuestiona puntualmente la visión de Castro en lo que respecta a la historia imperial española o a la historia argentina: se limita a subrayar aquí la proyección de *LPLR* para la lectura de un período político posterior al de su escritura. Con respecto a Rosas, punto de referencia implícito en el comentario en torno al peronismo, vale recalcar que Borges había señalado la fundamental incompreensión de Castro de esta figura: “piensa que Rosas fue un caudillo de montoneras, un hombre a lo Ramírez o a lo Artigas, y ridículamente lo llama ‘centauro máximo’. (Con mejor estilo y juicio más lúcido, Groussac prefirió la definición: ‘miliciano de retaguardia’)” (68).²²

22 Comentando esta entrevista, Antonio Gómez López-Quiñones ha señalado que las últimas palabras de Borges sobre la larga controversia constituyen un cambio sustancial con respecto a las ideas de su reseña de 1941, ya que, en su opinión, Borges mantiene “una doble conversación”: la primera “tiene como eje el hispanismo y, en este tema, Borges tiene como adversario a Castro y la filología española”; la segunda, en cambio, “se centra en la política argentina y, en este contexto, Borges y Castro comparten más de lo que les separa” (169). Por otro lado, López Quiñones escribe que la idea de “profecía”, tal como aparece en el prólogo de la segunda edición de *LPLR* “parece referirse a la conversación en Princeton” (171). En dos oportunidades, la versión de *LPLR* señala, sin embargo, que esta opinión le fue referida a Castro por “personas que no había conocido antes” (9), en su última visita a Buenos Aires, ocurrida en 1946: “Quienes en 1946 me decían amablemente en Buenos Aires que este mi librito había sido profético, percibían nítidamente el trazo que ligaba al gauchaje, a Rosas y a Perón” (18).

En sentido estricto, la virtud del libro de Castro sería, para Borges, haber criticado la legitimación de la política y la cultura de masas, hecho que Castro condenaría aún con más énfasis después de la posguerra: en 1960 señala que escribe el prólogo a la nueva edición de *LPLR* desde un Estados Unidos dominado por la televisión, el cine y la tecnificación: “La tendencia a crear una sociedad sin distinción de clases angosta cada día más la distancia y reduce las diferencias jerárquicas, entre lo que debiera estar arriba y lo que, de hecho, se encuentra muy abajo” (19). Así, en la valoración que Castro introduce al volver a presentar su libro, hace evidente su alejamiento respecto del tema de la “peculiaridad lingüística rioplatense”: las claves de su intervención ya no se encuentran en el terreno filológico o lingüístico sino en el establecimiento de una perspectiva política elitista frente a la sociedad contemporánea. Es en este gesto conservador que puede encontrarse, finalmente, la clave del acuerdo que Borges declara a más de veinticinco años de su violenta reseña.

Fernando Degiovanni
Wesleyan University

Guillermo Toscano y García
Universidad de Buenos Aires

OBRAS CITADAS

- Alonso, Amado. "La filología del señor Costa Álvarez y la filología". *Síntesis* 23 (1929): 125-41.
- . "Sobre el difunto Costa Álvarez". *Síntesis* 26 (1929): 175-78.
- . "El problema argentino de la lengua". *Sur* 6 (1932): 124-78.
- . "A quienes leyeron a Jorge Luis Borges, en *Sur*, N° 86". *Sur* 89 (1942): 79-81.
- . "Américo Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*". *Revista de Filología Hispánica* 4 (1942): 388-90.
- "Américo Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*". *La Nación* 14 de septiembre de 1941: 5.
- "Américo Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*". *La Prensa* 31 de agosto de 1941: 8.
- Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras, Expediente B-6-2, 6, 1936.
- Bordelois, Ivonne y Ángela Di Tullio. "El idioma de los argentinos: cultura y discriminación". *CiberLetras* 6 (2002). <<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/vo6/bordelois.html>>.
- Borges, Jorge Luis. "A quien leyere" [1923]. *Textos recobrados 1919-1929*. Buenos Aires: Emecé, 1997. 162-164.
- . "Al tal vez lector" [1925]. *Textos recobrados 1919-1929*. Buenos Aires: Emecé, 1997. 219-220.
- . "Sobre el meridiano de una gaceta". *Martín Fierro* 42 (1927): 7.
- . "¿Llegaremos a tener un idioma propio? Contesta Jorge Luis Borges". *Crítica* 19 de junio de 1927: 3.
- . "El idioma de los argentinos". *La Prensa* 24 de septiembre de 1927: 21.
- . *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires: M. Gleizer Editor, 1928.
- . "Vicente Rossi: *Idioma nacional rioplatense*" [1928]. *Textos recobrados 1919-1929*. Buenos Aires: Emecé, 1997. 373-74.
- . *Evaristo Carriego* [1930]. *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 1974.

- . "Vicente Rossi: *Desagravio al lenguaje del Martín Fierro*". *Crítica: Revista Multicolor de los sábados* 11 (1933): 7.
- . "Américo Castro: La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico". *Sur* 86 (1941): 66-70.
- . "Las alarmas del doctor Américo Castro". *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 1974. 653-57.
- "Borges solicita ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1923". *Espacios* 25 (1999). 103-06.
- Castro, Américo. *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*. Buenos Aires: Losada, 1941.
- . "Unas palabras complementarias". *Nosotros* 70 (1942): 3-10.
- . *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*. Madrid: Taurus, 1960.
- Costa Álvarez, Arturo. *Nuestra lengua*. Buenos Aires: Sociedad Editorial Argentina, 1922.
- Degiovanni, Fernando y Guillermo Toscano y García. "Disputas de origen: Américo Castro y la institucionalización de la filología en la Argentina". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 58 (2010). En prensa.
- Di Tullio, Ángela. *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*. Buenos Aires: EUDEBA, 2003.
- Gabriel, José. "Un libro peligroso". *Argentina Libre*. 2 de octubre de 1941: 3.
- . "El libro antiamericano y falangista de Américo Castro". *Argentina Libre*. 9 de octubre de 1941: 9.
- Gómez López-Quñones, Antonio. "Borges, el hispanismo y la política del idioma". *Jorge Luis Borges. Políticas de la literatura*. Comp. Juan Pablo Dabove. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2008. 157-74.
- Grünberg, Carlos. "Un gramático" [1924]. *Revista Martín Fierro 1924-1927. Edición facsimilar*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1995. 21-24.

- Homais, Monsieur. "Notas del Concurso Nacional" [1924]. *Revista Martín Fierro 1924-1927. Edición facsimilar*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1995. 14.
- Instituto de Filología. *Discursos pronunciados por el Decano don Ricardo Rojas y por el Profesor don Américo Castro en el acto inaugural realizado el día 6 de junio de 1923*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 1923.
- Narvaja de Arnoux, Elvira y Roberto Bein. "Posiciones de Jorge Luis Borges acerca del idioma nacional". *Borges*. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación, 1999. 19-30.
- Sarlo, Beatriz. *Borges, un escritor en las orillas*. Buenos Aires: Ariel, 1995.
- Sorrentino, Fernando. *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges*. Buenos Aires: Casa Pardo, 1973.
- Toscano y García, Guillermo. "Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1920-1926)". *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana* 13 (2009): 113-35.